

"Sabía yo que Lamartine era muy rico; sabía el uso benéfico que hacía él de sus riquezas: no me admiré, pues, cuando llegó a mi noticia su desgraciada situación, e invité a mis compatriotas a una suscripción en su favor

—Qué ha hecho de sus riquezas?, me preguntó alguien.

-Id a preguntar a las fuentes del Jambo lo que han hecho de sus aguas: abundan en Noviembre; pero faltan casi totalmente en Agosto.

-Pero si todo el mundo ha bebido de ellas durante el invierno.

-Y bien?

"Por lo que respecta a mí, he atravesado los mares y depositando mi pobre ofrenda en la urna de esta miseria sagrada. Vosotros sabéis las bellas historias de aquellos largos viajes, que antes se hacían al través del desierto, para ir a depositar un suspiro y un beso, al pie del Santo Sepulcro: nada se llevaba, nada se buscaba, fuera del amor y la fe.

"Entre los árboles del jardín de mi padre, había uno muy alto y muy frondoso: por la mañana estudiaba mi lección, sentado al pie de su viejo tronco; a medio dia buscaba su sombra, y por la tarde iba a oír cantar a las aves, que buscaban el sueño, al abrigo de sus hojas. Mi madre me daba aque aquel árbol había dado siempre los mejores frutos; y yo lo sabía, porque gustaba de ellos, con frecuencia. Ama-

ba yo a este árbol, llamábale mi amigo, aunque su edad me imponía res-
pecto. Por la mañana me daba su rocío, al mediodía su sombra, por la
tarde su tristeza: siempre me daba alguna cosa; pero me causaba tam-
bién algunos pesares. La acequia por la que venía el agua de la al-
tura, se derrumbaba con frecuencia, y quedábamos sin agua para nues-
tro huertecillo. El viento sacudía mi árbol y le arrancaba sus ho-
jas; el sol le marchitaba y no tenía refrigerio. Yo preguntaba siem-
pre a mi madre: "¿Cuándo vendrá el agua, mamá?" -"No tardará mucho,
hijo mío", respondíame. Al otro día volvía a decirle: "El agua no
llega: el árbol está muy enfermo. Déjame hacer lo que he pedido". Y
la abrazaba, llorando y suplicando". -"Vete, pues al río".

"A poco volvía con un cántaro lleno, y lo vaciaba al rededor
de mi árbol: recibía siquiera este socorro, y no me cansaba yo de re-
novarlo.

"Todo el mundo debe acordarse de Lamartine, de este anciano
bienhechor, ahora que se encuentra agoviado por el infortunio. ¿Cuál
es el que, de algún modo, no está obligado a Lamartine? El ha dado a
el mundo: sus pensamientos son como los rayos del sol, que a todos
nos alumbran; sus acentos, los de un grande y misterioso laud, sus-
pendido en el aire, que llegan a todos los oídos y commueven a todos
los corazones, con los más dulces transportes.

"Cuando bambolea y cae el templo de la aldea, todos los habi-
tantes se apresuran a llevar las piedras y la arcilla necesarias pa-
ra su reconstrucción: Lamartine es una especie de templo: él encie-
rra cosas santas y luces sagradas: es preciso no dejále en ruinas.

"¡Cuántos pequeños desgraciados reciben todos los días los be-
neficios de este bello país! ¡Qué no se debe esperar cuando se trata
de un grande hombre en desgracia, del que es la más grande gloria de
este siglo! No tiene solamente la voz dulce y solitaria del poeta:

tiene también el corazón noble y patriótico del ciudadano. Ha hecho tantas cosas, vosotros lo sabeis; y ahora es tán desgraciado... ¡Héme aquí uniendo mi voz a los poéticos ecos, sobre yo y desconocido viajero!

"Hay en las llanuras de mi patria ciertas avesillas que viven en familia: cuando alguna de ellas cae herida o enferma, las otras van a buscarle sustento. Los hombres no forman sino una sola y grande familia: la naturaleza les sirve de ejemplo.

"Muchas cosas quisiera decir acerca de tán fecundo y bello asunto; pero aun cuando supiera palabras más dulces que el rumor del zéfiro en la tarde, cuando azota el césped de la colina; o más bellas que la más brillante estrella, no podría decir lo bastante, respecto de esa cuerda marea, que tán deliciosamente suena a mis oídos. Me contentaré con guardar ese amor, y el recuerdo de las tiernas emociones que siempre me ha causado.

"Lamartine es más popular en América que entre vosotros: allí le amamos más, sin duda. Vosotros sois muy civilizados, para ser sensibles: pensais más en vuestro espíritu que en vuestro corazón; tenéis mucho negocios, y ellos no os dejan tiempo ni para sentir ni para amar. Si viniesen a deciros que suena en un bosque solitario una música triste y misteriosa, no os cuidarais de ello, por no separaros de la multitud y la alegría. Preguntad a un habitante de los Andes si quiere ir a las fiestas de la ciudad, y él os contestará que prefiere el ocaso del sol, o contemplar la luna tras el monte. Vosotros tenéis el arte, nosotros tenemos la naturaleza; vosotros poseéis ciencia, nosotros el corazón. En mi patria es conocido Lamartine: sus más bellas palabras se han puesto en boca de un pastor, y yo me complacía en oirle, cuando él subía a la colina en pos de su rebaño.

"Amamos a vuestro grande hombre, con más ternura que vosotros.

Colocaos junto a un arpa: el sonido de las cuerdas no es tan dulce, los aires tan conmovedores, como lo fueran oídos a distancia.

"El hombre es de una naturaleza tan extraña: sueña en la belleza; pero si constantemente la tiene a la vista, siente menos por su mérito, porque el hábito la desprestigia. Gira la luna en su camino: vosotros andais a su misteriosa claridad: siquiera levantais la cabeza, cuando transitais por vuestras calles, para contemplar la luna entre las nubes?

"Si constantemente veis a un ave hermosa, su plumaje hiere menos vuestros ojos; pero si por casualidad ha caído una pluma de sus alas, notareis el lugar vacío, y sólo entonces advertireis que el plumaje ha sido bello. Nosotros, habitantes de lejanas tierras, oímos a Lamartine, al través de los desiertos y los mares, y su voz llega a nuestras montañas, dulce y embellecida por la distancia. Los acentos que se oyen a lo lejos, son siempre más tiernos y más bellos: por eso hacía suspirar Osián a las queridas sombras de sus héroes, ora en lo alto de las nubes, ora detrás de las rocas de Loda.

"En cuanto a mí, Lamartine me ha hecho mucho bien: me ha arrancado muchas lágrimas, ha consolado mi corzón; y por esto, sin duda, le amo tanto. El poeta no es solamente un ser bello y amable, no es solamente un lujo de la naturaleza; es además un buen o mal genio, que tiene su influencia en la vida del hombre. Byron me ha destrozado el corazón; Lamartine le ha llenado de consoladora melancolía.

"El encanto del objeto me arrastra tal vez muy lejos; pero cuando un arroyo desviado encuentra un lecho florido, en derredor de una planta cargada de aromas y frutos, da vueltas en torno de ella y no deja jamás de suspirar.

"Triste es considerar en la desgracia de estas naturalezas privilegiadas: no si su destino es rendirse a las grandes miserias del

mundº; pero sé que el Tasso se consumía en un calabozo, y que Camoens moría de hambre: tal es la suerte de casi todos los genios: así ha sucedido desde Homero hasta nosotros, así sucedera hasta el que cante el último dia del sol. Dante era el gran señor de su país; tenía todo, lo hacía todo; era él todo. Pero llegan los días en que deben caer las hojas del árbol, y yo veo a Dante concluir pobre y desgraciado en su destierro.

"Ved, empero, mi egoísmo: me he alegrado de ver a Lamartine en su modesta morada. No gusto de palacios. En un rincón de su hogar le he visto, inclinado en su antiguo sillón. Su cabeza cana, su mirada melancólica, su voz a la cual prestaba toda mi atención, me embelesaban. Había yo deseado verle, y lo ví. Nadie me ha presentado á él: el arroyo que salta de la montaña, no tiene necesidad de que nadie le conduzca al río.

"Lamartine me ha dicho que si salva siquiera un rincón de sus tierras, me invita allá; que cazariamos, que contemplariamos la puesta del sol, sentados bajo una vieja encina. ¡Qué orgulloso estaría yo, al lado de aquel huesped! Me parecería al zorzal bajo la protección del águila, a un pequeñuelo mirto bajo la vieja palmera.

"Me ha preguntado cuál es mi edad: tanto mejor si soy joven: así podré correr por la pendiente, en persecución del cervatillo, que huye en el ribazo, y va a internarse en la floresta. El anciano me esperará junto a algún árbol venerable, rodeado de muchedumbre de perros.

"Terminada la partida, descenderemos juntos. Los caballos nos esperarán humeantes, los mastines saltarán al rededor de nosotros, y por todas partes se oirán rumores de alegría. A la hora del crepúsculo, esperando solos la salida de la luna, en alguna alameda silenciosa, me referirá él esas cosas vagas y encantadoras que saben los

poetas.

"¡Pero todo no es sino una ilusión! Lamartine perderá su castillo: no tendrá árboles a cuya sombra reposar. Triste será verlo sin saber adonde ir, ni donde quedarse, sin un rincón siquiera en donde pasar los últimos días de su vida.

"Díjome que había pensado siempre en un viaje a América: ésta sería una visita poética: allí vería tantas cosas dignas de él. ¡Qué feliz sería yo, si pudiera ser su guía en aquel largo viaje! ¡Qué feliz al llevarle conmigo! Realizariamos una navegación mitolójica en el Daule: tamarindos y ananas se inclinarían a su paso: subiríamos al Chimoorezo, y de la cima de los Andes arrojaría él una mirada inmensa sobre la inmensa América.

"Desenderíamos por el otro lado, y luego nos encontraríamos en esas ilimitadas llanuras, en donde tiembla la verde espiga. ¿No veis esos viejos sauce, que se inclinan, ya a un lado, ya a otro? Allí tengo mis laureles y mis flores, que serían ofrecidos a mi huésped. Llevaríale a casa de mi padre, nos internaríamos en los bosques de Ficoa, seguiríamos nuestro camino, y de repente se despertaría su musa, al contemplar las poéticas lagunas de Imbabura. Iriamos de valle en valle, y sería recibido por todas partes, con arcos de verdes ramas y de flores. Los jóvenes agitarían sus banderas blancas, las jóvenes entonarían sus canciones más armoniosas, los ancianos saldrían de sus cabañas, preguntando "¿dónde está él, cuál es él?"

"Juan Montalvo"

"Abril de 1858".

escrito

siguiente esquela:

A este ~~carta~~ contestó Lamartine con la ~~siguiente~~ ~~carta~~ ~~siguiente~~